





Newton Compton Editores

Todos los personajes representados en este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Florist*

© 2023, C. L. Pattison

© 2024, de la traducción por Bruno Álvarez Herrero

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-24-9

Código IBIC: FA

DL: B 4.882-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Endoradisseny

Impreso en julio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

C. L. Pattison

# La florista

Traducción de Bruno Álvarez Herrero



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024



# Prólogo

## Ahora

—¿Podría explicarnos con sus palabras lo que ocurrió en El Santuario?

Me llevo dos dedos a la zona sensible de entre las cejas.

—Para ser sincera, lo tengo todo un poco confuso —respondo, y siento las palabras pegajosas en la boca—. Creo que sigo en *shock*.

La inspectora de policía Kate Kilner me ofrece una expresión compasiva mientras se inclina hacia delante y apoya un codo en la sábana blanca almidonada de la cama del hospital en la que estoy tumbada.

—Acaba de vivir una experiencia muy traumática. Es completamente normal que esté algo confundida.

Me recuesto sobre la almohada y respiro hondo, despacio. Casi no han pasado ni veinticuatro horas desde que he recuperado la conciencia, y todavía me duele un poco la cabeza. Se produce un largo silencio que se extiende hasta que se vuelve incómodo.

—¿Qué le parece si rebobinamos, si volvemos al principio? —me dice el compañero de la inspectora Kilner, cuyo nombre de repente no recuerdo. Es un hombre corpulento y fornido que parece llenar la sala de un modo que siento ligeramente como una intrusión—. ¿Cómo conoció a la familia Elliott?

Si supieran la verdad... Que todo esto comenzó mucho antes de encontrarme con los Elliott, mucho antes de saber siquiera de su existencia...

—En el trabajo —le respondo—. Flores de Mayo se encarga de las flores de las oficinas de James Elliott desde hace muchos años. Es uno de nuestros mejores clientes.

—¿Y a su mujer, Eleanor?

—También es clienta nuestra. Le hemos proporcionado arreglos florales para algún que otro evento que ha organizado en su casa.

La inspectora Kilner interviene:

–Entonces, ¿estaba en el hogar de los Elliott por motivos profesionales la mañana del 22 de septiembre?

Me embarga una oleada de agotamiento. El tipo de cansancio que se acerca por detrás de ti y trepa por tu espalda con unos tentáculos pegajosos que se te aferran al cuello. No creo que pueda pasar por esto ahora mismo. Necesito más tiempo para organizar mentalmente todo lo que ha ocurrido, para resolver todos los detalles.

–Lo siento, sé que tan solo están haciendo su trabajo, pero creo que no me encuentro lo bastante bien como para contestar más preguntas ahora mismo. Tal vez puedan volver mañana.

El subinspector Pearce, cuyo nombre me viene de pronto a la cabeza, me ofrece una sonrisa tensa.

–Su médico nos ha dado permiso para hablar con usted. De verdad, sería mejor quitárnoslo de encima ahora, cuando todavía tiene fresco todo lo ocurrido. Ha muerto una persona, y hay otra muy grave. Usted es la única que nos puede contar lo que ha sucedido.

–En realidad eso no es del todo cierto –lo corrige Kilner–. Tenemos otro testigo.

Un escalofrío me recorre la columna por la sorpresa. ¿Qué quiere decir con eso? Si solo estábamos las tres en esa habitación...

La inspectora se saca el móvil.

–Espere, que se lo enseñe.

Pulsa un botón para ajustar el volumen y coloca el teléfono sobre la cama para que pueda verlo.

Mientras contemplo la pantalla, Kilner no me quita ojo, atenta a cualquier gesto que me pueda delatar. Logro mantener el rostro impasible, aunque para ello necesito reunir toda la energía que me queda. Cuando acaba el vídeo, cierro los ojos. Siento esos latidos en las sienes que indican el comienzo de un dolor de cabeza. Mis pensamientos son como ratas en un edificio en llamas, corriendo de aquí para allá, desesperadas por encontrar una escapatoria.

Creo que la mejor opción es seguir el consejo del subinspector Pearce. Contárselo todo.

En vista de la nueva y sorprendente información que me acaba de proporcionar la inspectora Kilner, ¿qué otra opción tengo?



# Capítulo 1

## Tres meses antes

El hombre que está al otro lado de la línea se siente culpable. Parece avergonzado y habla un poco más alto de lo necesario, como si intentara convencerse a sí mismo de que esto no es más que otra operación comercial aburrida más en el día tan ocupado que lleva. Un día que desearía poder dejar en manos de su asistente personal, aunque no está seguro de que pueda confiar en ella para eso, sobre todo cuando hay tanto en juego.

–Necesito algo muy especial –dice–. Es para mi mujer.

–De acuerdo. ¿Qué tenía en mente?

–No lo tengo claro. Esperaba que pudiera orientarme un poco.

–Por supuesto. ¿Cuánto planea gastarse?

–No tengo una cifra tope.

Vale. Parece que el hombre se ha metido en un buen aprieto con su mujer.

–¿Es para alguna ocasión especial?

–No del todo. –Vacila–. Es más bien que no he valorado lo suficiente a mi mujer. Necesito demostrarle lo mucho que significa para mí.

Vamos, que le ha sido infiel y encima no se ha preocupado por asegurarse de que no lo pillara. Me agarro el labio inferior y le doy vueltas a algunas de las opciones. Las fresias no bastarán para librarse de algo así; ni siquiera un ramo exuberante de floribundas. No, para esto voy a tener que sacar la artillería pesada.

–¿Cuál es el color favorito de su mujer?

–No tengo ni idea.

¿En serio?

–No pasa nada. Déjeme que le haga otra pregunta. ¿Cómo describiría la personalidad de su mujer?

Deja escapar un suspiro.

–¿Es necesario todo esto? Solo quiero regalarle a mi mujer unas flores bonitas. Es muy sencillo.

Pero la verdad es que no lo es; es bastante complejo, pero tampoco espero que un hombre como él, un hombre que ni siquiera sabe cuál es el color favorito de su mujer, lo comprenda.

–Deje que me encargue, por favor. Si su mujer no queda encantada con el resultado, le devolveré el dinero, se lo prometo.

Otro suspiro.

–Es muy tranquila, sensible y definitivamente tirando a introvertida. –Se ríe por la nariz–. Aunque también le digo que, cuando se toma unos cuantos *gin-tonics*, se suelta la melena.

Ignoro la pulla y le pregunto:

–¿Prefiere la ciudad o el campo?

–El campo, desde luego. Lleva siglos diciéndome que deberíamos irnos de Londres.

Tomo algunas notas en el bloc que tengo delante. Con esa información, ya puedo descartar varias opciones.

–¿Y en cuanto a la decoración? ¿Le gusta más un estilo tradicional, minimalista, contemporáneo...?

–Eh..., le podría decir rústico. ¿Le vale con eso?

–Sí, rústico me vale. Genial.

Seguimos así durante un minuto o dos más, hasta que al fin estoy lista para ofrecerle mi recomendación.

–Según la información que me ha proporcionado, le sugiero una de nuestras cestas de mimbre hechas a mano, llena de ranúnculos rosas y blancos; rosas almizcleñas en tonos pastel, que huelen de maravilla, hágame caso; flores moradas de acónito y *ketikis* de orquídeas blancas. –Todo eso le costará poco menos de ciento cincuenta libras, pero, oye, el perdón no sale barato–. ¿Qué le parece?

–Bien –responde con brusquedad–. ¿Cuándo puede entregarlas? Le echo un vistazo al reloj que hay sobre la puerta.

–Tendrá que ser mañana por la mañana.

–Ah. –Parece decepcionado–. ¿Sería posible que las recibiera hoy mismo?

El pobre imbécil teme la posibilidad de que su mujer se haya marchado antes de que amanezca.

–Espere un momento, por favor. No cuelgue.

Me pego el teléfono contra el pecho y me giro hacia mi ayudante, Claire. Tiene los músculos de la mandíbula tensos mientras deshoja un montón de tallos de gerberas (he de admitir que no son de mis flores favoritas, pero son tan populares que sería una estupidez no venderlas). El repartidor con el que solemos trabajar ya ha terminado su turno, pero la furgoneta sigue aparcada fuera y las funciones del puesto de Claire no están demasiado delimitadas.

–¿Podrías acercarte a Clapham en una media hora? –le pregunto.

–Lo que necesites, Amy –responde tras alzar la mirada–. Avísame cuando esté listo el pedido.

Vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja.

–Sí, señor Prout, podemos entregarle las flores esta misma tarde, pero con un recargo de quince libras.

Su alivio resulta evidente.

–Genial. Es usted muy amable, muchas gracias.

Cojo el bolígrafo y le pregunto:

–¿Qué mensaje le gustaría que escribiésemos en la tarjeta?

–Con amor, Antony –contesta–. Sin «h».

No puedo evitar fruncir el ceño. Este hombre se está haciendo un flaco favor.

–No pretendo ser impertinente, pero... ¿no cree que a su mujer le haría ilusión que le escribiera algo más? ¿Algún mensaje más... profundo?

Se produce un silencio tan largo que empiezo a creer que me ha colgado.

–Lo siento –me dice al fin, y se le quiebra la voz–. Puede poner eso en la tarjeta. «Lo siento, y te prometo de todo corazón que no volverá a ocurrir. Con amor, Antony».

Flores para bodas, para cumpleaños, para aniversarios, para hacer las paces, para romper con alguien, para celebrar una nueva vida, para consolar a los enfermos y honrar a los muertos... Mis creaciones personalizadas marcan cada hito y cada suceso dramático posible en la vida de las personas. Tras todos y cada uno de los pedidos que recibo hay una historia y, si quieres hacerlo bien,

tienes que tener unas nociones básicas de psicología. Has de saber que el oficio de las flores no solo requiere tener ojo para combinar los colores y saber qué está de moda; también es necesario ser capaz de despertar emociones y cambiar el ánimo de las personas de manera instantánea. Como suelo decirle a la gente, yo no solo vendo flores; vendo sentimientos.

De joven, estaba convencida de que en el futuro me dedicaría al diseño gráfico, pero, cuando acabé mi primer curso en la facultad de Bellas Artes, me asaltaron las dudas. Durante las vacaciones de verano respondí un anuncio de un trabajo a tiempo parcial en una floristería. Y fue entonces cuando brotó mi pasión por las flores. No volví a la universidad.

A los seis meses ya estaba trabajando como encargada de la tienda y estudiando para sacarme un título de arte floral durante mi tiempo libre. Antes de que pasara un año, ya había conseguido un trabajo mucho mejor pagado en una floristería que se autodenominaba «artesanal» en Shoreditch. Estuve trabajando allí hasta hace cinco años, cuando descubrí un local abandonado en la calle principal de Forest Hill, no demasiado lejos de mi apartamento. Y así fue como nació Flores de Mayo.

Tener un negocio propio es muy duro, y en ocasiones me pregunto si tomé la decisión correcta. Me costó despegar al principio, mientras perfeccionaba el oficio y mis habilidades de *marketing*, y la verdad es que casi ni siquiera ganaba lo suficiente para pagar las facturas.

El punto de inflexión llegó cuando un hotel *boutique* del oeste de Londres me encargó crear una instalación floral inmensa y atrevida (como una mezcla entre la selva amazónica y un jardín de la campiña inglesa) para inaugurar su nuevo *spa*. Conocía al relaciones públicas del hotel a través de una amiga de una amiga, y acepté el encargo por una cifra mucho menor de la que habría cobrado cualquier otra persona, solo para ganar experiencia.

La instalación fue todo un éxito, incluso más popular que los masajes de manos gratuitos, y gracias a la publicidad que me proporcionó me llegaron un montón de encargos la mar de lucrativos.

Por supuesto, lo que me da de comer siguen siendo las flores para

regalo, pero de tanto en tanto me llega la oportunidad de llevar a cabo un proyecto a gran escala, como un arco extravagante para la inauguración de algún restaurante o una magnífica pared de flores para alguna boda de lujo. Ahí es donde dejo volar la creatividad y puedo demostrar de lo que soy capaz. Lo que me recuerda que, en cuanto acabe con el pedido de Antony Sin H, he de actualizar mi cuenta de Instagram. Subo fotos siempre que puedo. Es mi deber; no puedo arriesgarme a dejar que mi negocio caiga en el olvido, ni siquiera durante un instante, con tanta competencia (floristas más jóvenes, más ansiosos, con páginas de Instagram siempre actualizadas y con *vlogs* animados e instructivos) y una cantidad de trabajo limitada.

Una hora y media más tarde, estoy sentada en el estudio, bebiéndome una infusión de menta y mirando la pantalla del ordenador. Gracias a las redes sociales, Flores de Mayo ha crecido muchísimo. Todos esos *likes* y todas las fotos compartidas valen más que cualquier campaña de publicidad. Y, lo que es mejor, en redes puedo ser una Amy Mackenzie completamente distinta, una Amy extravagante y divertida, una Amy capaz de desenvolverse en cualquier entorno social. Estoy bastante segura de que mis 15 700 seguidores de Instagram estarían decepcionadísimos si me conocieran en persona. A veces siento como si tuviera un montón de versiones distintas de mí misma en mi interior: todo un elenco de suplentes, algunas más majas que otras, y todas esperando entre bastidores a que les llegue el turno de salir al escenario.

La foto de hoy es de un delicado ramillete de novia, una fina combinación de rosas, bocas de dragón, guisantes de olor, peltagonios, flox y eucalipto. La novia era una zorra de cuidado, una controladora superpedante que quería dejar organizado hasta el más mínimo detalle sobre las flores con un año de antelación. Intenté explicarle que, a causa del cambio climático, era imposible predecir qué flores estarán disponibles en primavera, y le dije que, se pusiera como se pusiera, no podría conseguir peonías si su temporada de floración se acababa un mes antes. Como es natural, no voy a poner nada de eso en el *post* que voy a subir.

Al fin y al cabo, esto no es la realidad; es una fantasía fragante y escogida con esmero.

El día de la boda llevé yo misma las flores adonde se iba a celebrar la ceremonia: un lugar histórico en mitad de la nada. Al aparcar la camioneta, vi una moto Norton *vintage* aparcada a la sombra moteada de un cerezo. No tenía ni idea de quién era el dueño y, para ser sincera, me daba igual; reconozco un buen escenario para hacer una foto cuando lo veo. Unos minutos después, ya estaba colocando el ramillete con cuidado sobre el asiento de cuero gastado de la moto, rezando por que no apareciera el dueño y me preguntara qué demonios estaba haciendo.

Ahora, me meto en la carpeta de fotos del portátil y abro las seis o siete fotos que hice. Son incluso mejores de lo que recordaba. El contraste de las flores delicadas con la moto, con sus curvas sinuosas y su acabado cromado resplandeciente, resulta muy atractivo, y la luz de primera hora de la mañana le otorga a la imagen un brillo suave, casi etéreo. Tras elegir una de las fotos, me paso varios minutos editándola hasta que queda perfecta. Ahora lo único que necesita es un pie de foto ingenioso. Le doy vueltas durante unos instantes y llevo los dedos al teclado.

¡Pisa a fondo, pero cuidado con las flores! Gracias, Kayla, por ser una novia tan encantadora con la que trabajar, y por confiar en Flores de Mayo para darle un toque floral a tu gran día.

«Perfecto», pienso mientras pulso en «Compartir». Si la vida real fuera tan sencilla... Todo pulido, adornado con unos cuantos filtros y enmarcado en un cuadradito ordenado.

## Capítulo 2

Subo las persianas venecianas y abro la ventana de guillotina que da al jardín. Hace un sol resplandeciente y oigo el canto de un mirlo que suena como la melodía de una flauta. Me encanta tener mi propio jardín privado; es uno de los motivos por los que quise vivir en un bajo. Cuando me compré la casa el año pasado, el jardín era un completo desastre, un mero trozo de césped achicharrado por el sol rodeado de unas cuantas malas hierbas y alguna que otra hosta enferma. Pero poco a poco, con mucho esfuerzo y dedicación, he logrado revivirlo y lo he llenado de mis flores favoritas: azaleas, malvarrosas, claveles e hipérico. Y rosas, claro, a montones, y en todos los tonos de rosa imaginables, desde el rosáceo más claro hasta el color frambuesa más intenso. Es un lugar precioso y relajante. Por alguna razón, todos esos colores y esa asimetría tan agradable aflojan los nudos oscuros de mi interior.

Me pongo las bailarinas y me dirijo a la cocina. Es la habitación en la que más tiempo paso, no porque cocine mucho, sino porque es la más grande y porque entra mucha luz natural a través de la claraboya. Mientras voy de aquí para allá, preparándome el desayuno, pienso en lo agradable que es no tener que cuidar de nadie más que de mí misma. Llevo bastante tiempo soltera. Con mi ex, Rob, estuve seis años. No es que tuviéramos una ruptura dramática; más bien se fue desvaneciendo el amor poco a poco. Por más que repase los detalles de nuestra vida en común, nunca encuentro una explicación satisfactoria de por qué lo nuestro acabó de una manera tan estrepitosa.

Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que faltaba algo. Después de todo, el núcleo de nuestra relación seguía intacto: el alquiler conjunto, la colección de discos que compartíamos y nuestra gata, Delilah, una *maine coon* (no me peleé con Rob por

la custodia; Delilah siempre lo había preferido a él). Pero poco a poco, casi sin que nos diésemos cuenta, se apagó la llama y todo se volvió un poco más oscuro. Al principio hice como que no me había percatado, pero al final llegué a un punto en que no podía seguir ignorando las señales de advertencia. Rob solía sentarse en el salón con una revista de música en las manos, sin leerla siquiera, sino mirando la nada. Cuando nuestras miradas se encontraban, me dirigía una sonrisa rápida y exagerada antes de volver a centrarse en la revista. También noté cambios sutiles en su aspecto; había perdido tres kilos y se había comprado unas camisas de lino para el trabajo carísimas (él, que antes solía contentarse con llevar una mezcla cutre de poliéster). Y luego, un día, me dijo que había conocido a alguien en el trabajo, alguien por quien había decidido dejarme. Derramé alguna que otra lágrima, pero no recurrí a insultarlo ni a pedirle, desesperada, que se quedara conmigo. Un final civilizado para una relación civilizada. Ahora pienso que debería haberle plantado cara.

Después de desayunar, me ducho y me visto con prendas un poco más elegantes que las que suelo llevar. Después, me subo al coche para ir al trabajo, lo cual no me lleva demasiado tiempo.

Cuando llego a la tienda, veo a Claire fuera, ayudando a una clienta a elegir entre la colorida oferta que tenemos dispuesta en la acera. Estoy muy orgullosa de nuestra fachada; no hay ningún cubo de plástico espantoso, sino una gama ecléctica de objetos decorativos: una lechera, algunas cajas viejas de embalaje, un par de jardineras ornamentadas y, mi favorito, un carrito de bebé *vintage*. Saludo a Claire con la cabeza antes de adentrarme en el estrecho callejón que hay en el lateral de la tienda, por donde se entra a mi estudio. Antes era el almacén de la verdulería que había en el local en el pasado, pero ahora es donde preparamos los pedidos de los clientes. No es muy lujoso, pero entra abundante luz natural por los ventanales y hay espacio suficiente para una mesa de trabajo lo bastante grande como para que trabajemos dos personas a la vez, además de una cocinita con una mesa y unas sillas.

Dentro, me encuentro a Ewan devorando una hamburguesa del McDonald's. Ewan es nuestro repartidor a tiempo parcial. Solo



lleva con nosotros un par de meses. Es majó y debe de tener unos treinta y muchos y está muy en forma. El año pasado lo dejó con su pareja, con quien llevaba mucho tiempo, y vive con un amigo mientras encuentra piso. Desde luego, supone una gran mejoría con respecto a su predecesor: un tío gruñón y paliducho que se olía los sobacos cuando pensaba que no lo veía nadie.

En cuanto me ve, Ewan deja la comida y hace amago de levantarse.

–Perdona, Amy, estaba desayunando antes de ponerme en marcha, pero si te molesto...

–No te preocupes, Ewan, no hay prisa.

Vuelve a sentarse y me pregunta:

–¿Pinta día muy ocupado?

–Luego tengo un funeral. –Me quito la chaqueta vaquera y la cuelgo en uno de los ganchos de la pared–. De una chica joven, una tal Iris.

–¿Cómo de joven?

–Tenía veintidós años.

–Hostias... –dice mientras me mira horrorizado–. ¿Estaba enferma?

Sacudo la cabeza.

–Un accidente de coche. Conducía su mejor amiga. Tomó una curva demasiado rápido y chocaron de frente con un árbol.

–¿Y la amiga?

–Sobrevivió con solo algún que otro rasguño.

Ewan le da un sorbo al vaso de cartón y se seca las comisuras de los labios con una delicadeza que me sorprende.

–¿No te parece un poco deprimente este tipo de encargos?

Encojo un solo hombro.

–La verdad es que me gusta ocuparme de las flores de los funerales. Me gusta saber que he hecho algo, por pequeño que sea ese algo, para ayudar a la gente que ha perdido a un ser querido. Es asombroso lo mucho que pueden ayudar las flores a convertir una situación tan horrible en algo hermoso.

–Es una perspectiva muy bonita.

Cojo un delantal, me lo paso por la cabeza, le doy dos vueltas a las cintas por la cintura y las ato en un doble nudo por delante.

–Claro que, en el pasado, el propósito de las flores en los funerales no era solo decorativo, sino otro mucho más práctico.

–Ah, ¿sí? ¿Cuál?

–Disimular el hedor que desprendía el ataúd.

Ewan hace como que le dan arcadas.

–Qué ascazo.

–Ay, lo siento, ¿se te ha quitado el hambre por mi culpa?

Se da unos golpecitos en el vientre y dice:

–No te preocupes, ya he terminado. –Se levanta y lleva los envoltorios de la comida a la papelera–. Me encantaría quedarme un rato más a oír anécdotas macabras, pero me tengo que poner en marcha ya.

–¿Tienes la hoja de ruta?

–Sí, Claire me la ha impreso. También le he pedido unas cuantas tarjetas de visita, por si algún cliente me pide una.

Le ofrezco una sonrisa de agradecimiento. Me gusta que mis empleados tengan iniciativa.

Mientras lo veo marcharse, no puedo evitar preguntarme (y tampoco es la primera vez que lo hago) por qué querría alguien como Ewan un trabajo tan monótono y tan mal remunerado. De hecho, fue una de las preguntas que le hice en la entrevista de trabajo, aunque intenté ser un poco menos directa. Me dijo que su anterior trabajo, como comercial, le resultaba muy estresante, y que quería algo menos exigente. Pero me dio la impresión de que había algo más. Me preguntaba si habría tenido algún tipo de crisis o ataque, pero, si preguntas algo así en una entrevista de trabajo hoy en día, es probable que acabes en los tribunales. En cualquier caso, tampoco era asunto mío. Ewan me cayó bien, pude confirmar las referencias que me había dado y tenía el carné de conducir en regla, que al fin y al cabo era lo importante.

Aparto esos pensamientos y vuelvo a concentrarme en el trabajo. Mi primera parada obligatoria es la estantería de metal que mandé que me construyeran a medida, según mis indicaciones exactas. Ocupa toda una pared y está repleta de cubos llenos de agua con flores de todos los tamaños, formas y colores. Elijo las que necesito de prisa, con seguridad, mientras voy de la estantería a

la mesa de trabajo y vuelta hasta que tengo todo lo que necesito. Después, me acerco a un estante que hay en la pared y cojo unas cuantas herramientas: un cuchillo, un deshojador, un carrete de alambre y un cordel.

Comienzo preparando el material, me deshago con cuidado de las hojas que sobran, quito los pétalos dañados y corto los tallos a la longitud que necesito. Y entonces es cuando empieza la diversión: el montaje. Mi objetivo no es solo crear algo bonito, sino realzar las cualidades de cada una de las flores, al igual que un escultor le da vida a una masa de arcilla. Aunque cada una de mis creaciones es única, sí que intento seguir cierta estética, y es importante que todo el mundo que vea las flores se deleite con ellas, en lugar de sentirse abrumado.

Este es el primer funeral del que me ocupo desde hace meses. Ya no nos llegan tantos encargos de ese tipo; mucha gente pide donaciones benéficas en lugar de flores. Están en su derecho, claro, pero me parece que es una pena. En mi experiencia, las flores pueden resultar muy reconfortantes en momentos de sufrimiento o angustia.

La primera vez que trabajé en una floristería, el dueño de la tienda tenía preparado un archivador con páginas plastificadas que les presentaba a los dolientes con una floritura, como si se tratara de una primera edición. Había unas diez o doce coronas, distinguidas tan solo por números de serie; una selección horrible y poco original de flores típicas de los funerales que te deprimían con solo mirarlas. No se les ofrecía a los clientes ningún tipo de alternativa; o eso o nada. De tan solo pensarlo, me hierva la sangre. En mi opinión, las flores para los muertos han de ser igual de únicas que las flores para los vivos. Por eso siempre trato de conocer a la persona que las pide en persona, en lugar de conformarme con una llamadita rápida o unos cuantos mensajes. Me parece la mejor manera de reunir toda la información que necesito para crear una corona floral apropiada, una que refleje a la perfección la personalidad y los gustos de la persona que ha fallecido. Y, a la vez, tampoco quiero que mis diseños parezcan manidos o predecibles, y precisamente por eso, para el funeral de hoy, no pienso usar iris.

Los padres de Iris me han dado carta blanca, algo que no suele ocurrir. «Nos vale con que sean unas flores muy especiales –me dijo su madre cuando entró en la tienda–. Como mi hija». Para ser sincera, creo que se alegró de poder delegar en otra persona la responsabilidad de elegir las flores. No la culpo. El director de una funeraria con la que trabajo a menudo me dijo una vez que, para los funerales, se han de tomar aproximadamente unas dos mil decisiones. De modo que, en un momento en el que sientes que te están pasando por una trituradora el corazón y el cerebro, se espera que organices uno de los eventos más importantes de tu vida y, para colmo, tan solo tienes unas pocas semanas para llevarlo a cabo. Es una carga tremenda, y algo con lo que mucha gente lo pasa fatal. Si puedo aliviar algo de esa presión, aunque sea solo un poquito, al menos siento que he hecho algo útil.

Para cuando he acabado con el encargo, ya son casi las once, lo que me deja más o menos una hora para decorar la iglesia antes de que lleguen los primeros asistentes. Mientras que Ewan se ocupa de las entregas a las casas y a la mayoría de las empresas con las que trabajamos (oficinas, hoteles, restaurantes y demás), yo me ocupo de los eventos, para los que es fundamental un toque personal. Si la furgoneta que tenemos pintada con los colores de la tienda no está disponible, como ahora, suelo usar mi monovolumen, que es bastante espacioso.

No se tarda demasiado en llegar a la iglesia en coche, y hoy Dios me debe estar sonriendo porque logro encontrar aparcamiento justo delante. Conozco bien el interior de la nave y no me lleva mucho tiempo colocar los adornos florales. Pero, cada vez que me alejo un poco para observarlos, siento la necesidad de hacer algún pequeño ajuste. Acortar la cinta de las flores que he colocado en el extremo de un banco, mover un jarro un par de centímetros, arrancar alguna hoja rebelde. Es curioso que algo pueda parecer como que no encaja y, con una sola modificación diminuta, ya queda perfecto, aunque no se pueda explicar bien la razón concreta. Una vez que estoy contenta con cómo ha quedado todo viéndolo de cerca, me dirijo hacia el pasillo del centro para obtener una vista más general. Estoy tan concentrada que me choco con alguien que

deja escapar un grito ahogado cuando le golpeo sin querer con el codo. Al girarme, descubro, muerta de vergüenza, que se trata de la madre de Iris, Jill.

–¡Lo siento mucho, Jill! No te había visto –le digo con una mueca de sufrimiento–. No te he hecho daño, ¿no?

Jill me ofrece una sonrisa débil.

–No, estoy bien, de verdad. –Tiene los hombros rígidos y tensos y unas ojeras muy oscuras. A pesar del vestido azul marino elegante y los tacones a juego que lleva, se la ve abatida. Da tanta lástima que tengo que resistir la tentación de darle un abrazo–. Solo venía para ver qué tal ibas.

Me echo a un lado para no taparle la vista y que pueda observar toda la nave.

–Ya casi he acabado. ¿Qué te parece?

Da unos pasos hacia delante, con la mano apretada contra el vientre en un gesto protector. Estudia los ramos que he colgado del extremo de cada banco, con girasoles de un amarillo intenso combinados con unos cardos yesqueros azules espigados, capuchinas naranjas muy delicadas y dalias de un rosa radiante: una combinación de colores y formas que contrastan unos con otros. Mientras acaricia con delicadeza los pétalos, deja escapar un ligero suspiro, pero no dice nada. Pasa la atención a las vidrieras y los alféizares de piedra amplios que hay bajo ellas, ahora cubiertos con un montón de jarras de leche y tazas de té dispares, todas con flores que parecen estallar: lobelia, nomeolvides y nubes esponjosas de gipsófila.

Me empiezo a preocupar al ver que no me da su opinión. ¿Me habré pasado? A lo mejor si le explico mis motivos...

–Me dijiste que Iris era un espíritu libre, una persona única –le digo–. He intentado representar todos esos atributos maravillosos con las flores: lo mucho que disfrutaba de la vida, su sentido del humor poco convencional, su sentido de la moda ecléctico... A lo mejor no lo sabes, pero Iris era la diosa griega de los arcoíris. Por eso he utilizado todos los colores posibles, desde el violeta de la lavanda hasta el rojo de la amarilis.

Jill me mira y las arrugas de tensión del rostro se le difuminan, como si de repente la iluminara un haz de luz cálida y suave.

–Ay, Amy –murmura mientras una única lágrima gruesa le recorre la mejilla–. Son ideales. Perfectas.

Esbozo una sonrisa de alivio.

–Me alegra mucho oír eso. Lo último que quería era decepcionarte. O decepcionar a Iris.

Señalo la mesita de madera que está cerca de la fuente; sobre ella hay un libro de visitas y, a su lado, una caja de cartón color crema.

Jill me sigue hasta la mesa y me observa mientras destapo la caja. Entre los pliegues del papel de seda del interior hay montones de ramitas de hierbas aromáticas atadas con una cinta de rafia.

–Es romero, ya que se asocia con el recuerdo –le explico–. Hay una para cada invitado. Pueden ponérselas como ojal, o llevárselas de recuerdo. Es algo que hago en todos los funerales para los que tengo el privilegio de trabajar. Sin ningún tipo de recargo, claro.

Antes de que pueda responder, aparece un hombre en el vestíbulo. Es alto, lleva barba y se le nota incómodo en su traje a medida.

–Amy, este es mi marido, Liam –me dice Jill mientras el hombre se acerca a nosotras.

Me da la mano, una única sacudida fría, y le pregunto qué opina de las flores porque no sé qué más decir.

Mira a su alrededor y alza las cejas cuando se percata de las tazas de té.

–No es del todo lo que esperaba... ¿No es un poco..., no sé, frívolo?

Jill echa los hombros hacia atrás mientras se endereza como una planta a la que acaban de regar.

–Hoy la cosa no va sobre nosotros, cariño. Va sobre Iris –le recuerda con delicadeza–. Y no me cabe la menor duda de que a ella le habrían encantado las flores de Amy.

Liam respira hondo y se le agitan varios de los pelos gruesos del bigote.

–Claro, mi amor, tienes toda la razón, como siempre. –Se gira hacia mí–. Lo siento, Amy. No pretendía parecer desagradecido. Se nota que te has esforzado muchísimo. Es solo que me encantaría que estuviera Iris aquí para verlo por sí misma... –Se le desfigura la boca en una mueca de sufrimiento–. Pero no está. Nos la ha

arrebatado esa... esa persona que tiene la cara dura de llamarse a sí misma la mejor amiga de mi hija.

Sus palabras me revuelven las tripas y se me forma un nudo en el estómago. No sé exactamente qué es lo que siento. Incómoda, comienzo a dirigirme hacia el banco en el que he dejado todos los envoltorios y las cajas de las flores.

–Recojo un poco todo esto y me marcho –les digo, ya que supongo que a la pareja le vendrá bien estar un rato a solas antes de que empiece a llegar el resto de seres queridos de su hija.

Antes de volver a la tienda, tengo otra entrega que hacer. Cole & Elliott es un prestigioso estudio de arquitectura que queda solo a unos minutos en coche de la iglesia. Llevo años encargándome de las flores de la zona de la recepción de su oficina; de hecho, fue la primera empresa con la que trabajó Flores de Mayo. Lo cierto es que podría añadir su pedido semanal entre las entregas de Ewan, pero por varios motivos prefiero encargarme yo misma.

Al parecer hoy trabaja la recepcionista que peor me cae de las dos: una chica joven que lleva los ojos demasiado maquillados y arrastra tanto las palabras al hablar que me pone negra. Cuando entro por la puerta principal, casi ni se da cuenta; está demasiado ocupada enviando un mensaje con el móvil, tecleando con unas uñas fucsias que hacen clic en la pantalla. Cuando dejo las flores en el mostrador con forma de «U», me fulmina con la mirada.

–Gracias –me dice, aunque suena de todo menos agradecida.

–Ya os enviaré la factura por correo electrónico, como siempre –le informo.

–Genial –responde mientras bosteza.

Aún no quiero marcharme, de modo que echo un vistazo a mi alrededor. En la sala de reuniones con paredes de cristal que queda a mi izquierda hay dos hombres enfrascados en una discusión acompañada de aspavientos que indican que el asunto es serio. Reconozco a uno de ellos: es Adam Cole, uno de los socios del estudio y el hombre que apostó por mí cuando estaba empezando. Siempre se lo agradeceré. Eso, y la magnífica reseña que me ofreció para subirla a la página web de Flores de Mayo.

–¿Querías algo más? –me pregunta la recepcionista.

–Eh..., no –respondo–. Supongo que os verá la semana que viene.

Bajo la vista y veo que tengo los cordones de un zapato a punto de desatarse. Me agacho y comienzo a atármelos de nuevo, y justo en ese momento, con una suerte que no me la creo ni yo, veo que mi estrategia de hacer tiempo se ha visto recompensada.

–Pero ¡sí es mi florista favorita! –exclama una voz estruendosa que me resulta familiar.

Me levanto deprisa mientras James Elliott recorre el pasillo hacia mí. James es el otro socio del estudio y, para ser totalmente transparente, he de decir que estoy un poco colada por él. Solo un poquito. Tiene unos rasgos fuertes y simétricos, y unos ojos azules del tono del aciano. Bajo la camisa blanca ajustada se le notan ligeramente los músculos abultados. No es que tenga los músculos típicos de un obseso del gimnasio, sino más bien la fuerza sutil de un hombre al que, si es necesario, puedes pedirle que te abra un bote de mermelada que se te resiste, o que empuje un coche estropeado hasta el área de descanso más cercana.

–Hola, James –le digo–. ¿Qué tal estás?

–Con ganas de que llegue ya el viernes. Menuda semana de espanto. –Clava la vista en el vestido de tubo que llevo. Lo tengo desde hace años, pero es uno de mis favoritos; los motivos geométricos y llamativos acaparan toda la atención y hacen que no se note que casi no tengo pecho–. Me gusta tu vestido –me dice–. Creo que nunca te he visto con uno, ¿no?

Una oleada de calor me recorre el cuello.

–Gracias. Hoy me tocaba encargarme de las flores de un funeral, así que he intentado vestirme un poco elegante.

James ve las flores sobre el mostrador.

–Bueno, ¿qué sorpresas nos traes esta semana?

Retiro el borde del cono de papel que las envuelve.

–Ave del paraíso, heliconia, protea y lirio atigrado –contesto mientras voy señalándolas–. He atado los tallos para dejarlos unidos, así que no hace falta colocarlas de ninguna manera en especial; tan solo hay que ponerlas en un jarrón.

Llevo la mirada hacia el recipiente cuadrado de cristal en el que



aún están las flores que traje la semana pasada. Me alegra ver que casi no se han marchitado, aunque el agua ha adquirido un tono gris bastante desagradable.

–¿Quieres que cambie las de la semana pasada por las nuevas, ya que estoy aquí?

–Eres muy amable, pero seguro que a Olivia no le importa hacerlo. ¿Verdad, Olivia?

–Claro que no, señor Elliott.

A pesar de la aparente predisposición de la recepcionista, habla con un deje de tirantez, casi de mártir.

James se gira hacia mí.

–Antes de que te vayas, te quería preguntar si te puedo robar cinco minutos, Amy. Quiero hablar de una cosa contigo.

–Claro –le respondo sin necesidad de pensármelo siquiera.

James es un cliente muy valioso, no solo desde el punto de vista profesional, sino también personal. Viene a la tienda bastante a menudo para comprarle flores a su mujer. A diferencia de muchos hombres, no se lleva lo primero que ve; se toma su tiempo para elegir con esmero, y le dedica la misma atención al envoltorio que a las propias flores. Solemos charlar mientras elige lo que se va a llevar, y no solo sobre las flores, sino sobre todo tipo de cosas. Y estoy segura de que no solo está siendo educado; parece que mi vida le interesa de verdad. Puede hablarme sobre cualquier asunto mundano, como el tiempo, el precio de la gasolina, la nueva rotulación en vinilo del escaparate..., pero la manera en que me mira mientras tanto me hace sentir como si el resto del mundo estuviera dando vueltas y él fuera el único punto fijo. No suelo tener ese tipo de conexión con casi nadie. Con nadie, de hecho. Es parte del motivo por el que siempre tengo tantas ganas de verlo.

–Mejor vamos a mi despacho, así estaremos más tranquilas. –James mira a Olivia–. ¿Puedes traernos unos cafés, por favor? ¿O prefieres té, Amy?

–Un café estará bien, gracias.

Olivia levanta el trasero respingón de la silla y, mientras recorre el pasillo con los tacones de tres centímetros y medio, me doy

cuenta de que, aunque suene fatal, estoy deseando que se tropiece y se rompa el tobillo.

Nunca he estado en el despacho de James. Hay un escritorio grande de madera clara y, tras él, una silla de diseño que parece lo bastante cómoda como para dormir en ella. Pero la protagonista de la sala es la mesa colocada en el centro, sobre la que hay una maqueta de una casa. No es el tipo de casa en el que me gustaría vivir a mí (con ángulos pronunciados y ventanales enormes que van desde el suelo hasta el techo), pero he de admitir que resulta impresionante.

—¿La has hecho tú? —le pregunto.

—No, qué va. Incluso aunque tuviera las habilidades necesarias, no tendría la suficiente paciencia. Una empresa especializada nos hace todas las maquetas. Emplean una técnica de corte por láser que ofrece una precisión excepcional.

Qué vergüenza. ¿Cómo he podido preguntárselo siquiera? ¿De verdad pensaba que un hombre como James se quedaría hasta altas horas de la noche creando pequeñas cornisas de madera de balsa?

—Es mi proyecto más reciente —continúa James—. Tiene más de setecientos metros cuadrados. La ubicación es espectacular. La casa da a un lago privado.

Se acerca hasta quedarse a mi lado y me llega el ligero aroma cítrico de su *aftershave*. De repente siento el impulso de dar un paso hacia él para poder olerlo mejor. James señala una estructura estrecha sobre varios pilotes que lleva a un circulito de metacrilato azul.

—La casa tenía una pasarela elevada desde el porche delantero hasta el agua.

—Es impresionante —digo con una voz cargada de envidia. Ni siquiera me puedo imaginar cómo sería ser tan rica, tan privilegiada—. Imagino que una casa así no debe ser precisamente barata.

James suelta una carcajada.

—No, la verdad es que no. Por suerte, mi cliente es un gestor de fondos de cobertura al que le va muy bien, y no le falta el dinero.

Olivia aparece e interrumpe la conversación. Lleva una bandeja con una cafetera francesa y un plato con galletas. No son las que

tenemos en la cocina de Flores de Mayo (solemos tener galletas rellenas de mermelada o Digestives de chocolate), sino unas galletas de mantequilla gruesas y alargadas con trozos de chocolate y de jengibre. Deja la bandeja sobre el escritorio y empieza a servir el café. Me alegra ver que James la despacha rápido.

–No te preocupes, Olivia, ya nos servimos nosotros. –Se dirige al escritorio y me invita a sentarme en una de las sillas de estilo retro que hay delante–. Coge galletas si quieres –me ofrece mientras empieza a servir el café.

Vacilo; no quiero parecer glotona.

–¿Te vas a comer tú una?

–Y tanto. Solo puedo comerlas cuando estoy en el despacho. –Pone una cara de enfado fingido mientras me pasa el café–. En casa, tenemos las galletas prohibidas. Mi mujer es supergolosa; dice que, si las tenemos en casa, no es capaz de parar hasta que se ha zampado el paquete entero.

–Yo soy igual.

Cojo una galleta de mantequilla con cuidado de mantener los codos pegados a los costados; no quiero que James vea los círculos oscuros de sudor que han empezado a expandirse en las sisas del vestido. Hoy hace calor, y estar tan cerca de él me pone nerviosa.

Resisto las ganas de meterme la galleta alargada entera en la boca como un tronco en un aserradero y tan solo le doy un mordisquito delicado. Me doy cuenta de que tiene una foto en un marco plateado en el escritorio. En ella aparece una mujer rubia y atractiva con un niño pequeño en brazos.

–¿Es Eleanor? –le pregunto una vez que logro rescatar el nombre de su mujer de las profundidades de mi memoria.

–Sí –me dice con una sonrisa que le forma unas arrugas alrededor de la boca–. Y ese es nuestro hijo, Toby. Tiene dos años y medio.

–Ay, parece adorable.

La verdad es que no se le ve especialmente adorable, pero estoy siendo amable.

–Y lo es..., a veces –responde James–. Otras es un monstruito. Pero no me puedo quejar; yo era igual a su edad. No he sido consciente de lo que tuvieron que aguantar mis pobres padres

hasta ahora que soy padre yo también. –Se recuesta en la silla y se lleva una mano a la nuca, donde se masajea los tendones con los dedos–. ¿Tú tienes hijos?

–No. –Siento como que debo justificarme, de modo que añado–: Pero es por elección propia, no por ningún tipo de problema biológico. Ni por ineptitud para encontrar un compañero adecuado con el que criarlos.

James se ríe; una carcajada profunda y gutural que hace que me tiemble la columna.

–Está bien saberlo. ¿Y tienes pareja?

Sacudo la cabeza.

–Estoy soltera y de maravilla, gracias.

–Pues sí, es lo mejor –responde con un guiño–. A veces me gustaría seguir estando soltero. No porque no adore a mi mujer y a mi hijo, sino porque ser padre y marido en ocasiones puede llegar a ser muy duro.

Nos miramos a los ojos y parece que compartimos algo especial, pero seguro que es solo cosa mía, que me hago ilusiones.

–La verdad es que justo te quería hablar de mi mujer. O, más bien, de la hermana de mi mujer, Isabel. –Coge la taza y le da un sorbo al café–. Izzy ha tenido una mala racha. A principios de año pasó por un divorcio bastante complicado y luego la despidieron.

–Pobrecilla... –murmuro, compasiva, aunque me gustaría que fuera al grano; el suspense me está matando.

–Queda poco para que cumpla los cuarenta, y Eleanor y yo le vamos a organizar una fiesta durante el puente de agosto. Vamos a tirar la casa por la ventana: carpa, cáterin, banda en vivo... Todo. –Coge otra galleta y continúa–: Nos encantaría que te ocuparas de las flores, pero, dado que es un puente, comprenderé que tengas otros planes.

Para nada. Lo cierto es que no tengo casi vida social desde que Rob y yo lo dejamos. Hay muchos fines de semana en los que no hablo con nadie que no sea el cartero. Sé que debería hacer algo para solucionarlo (apuntarme a un coro o ir a clase de algo por las tardes), pero por alguna razón que no termino de entender siempre lo pospongo.

–No, no –me apresuro a decir–. Me encantaría encargarme de las flores de la fiesta de tu cuñada, y muchas gracias por pensar en mí. ¿Qué tipo de adornos tienes en mente?

–Me temo que preguntarme a mí no va a servir de mucho. No tengo ni idea del tema. Diría que es mejor que Eleanor y tú pongáis en común vuestras ideas. Por ahora no tenemos nada fijo, y seguro que le gusta oír cualquier sugerencia que puedas ofrecerle.

–Genial. Entonces, ¿la llamo?

–Creo que prefiere que os veáis en persona, si no te importa. Tengo su calendario en el móvil. Podemos dejarlo todo organizado ahora mismo, si te parece. Podría ser la semana que viene. ¿Estás libre?

–Sí, por mí, bien.

Coge el móvil del escritorio.

–Nosotros vivimos en West Dulwich. ¿Sueles quedar con los clientes en su casa o prefieres que Eleanor se pase por la tienda?

Vacilo. Sería más cómodo que viniera ella, pero me da mucha curiosidad ver dónde vive James.

–Puedo pasarme a ver a tu mujer en vuestra casa, si le va mejor así. James consulta el calendario en el móvil.

–¿Te viene bien el jueves... sobre las dos?

Le ofrezco una sonrisa con los ojos entornados.

–Me viene muy bien.

Mientras me marcho del estudio de Cole & Elliott, no puedo evitar dejarme llevar por la emoción. Ese encargo podría ser una oportunidad increíble para la floristería. Está claro que los Elliott son una familia adinerada. Resulta evidente por lo impoluta que lleva la camisa James, su postura despreocupada, los eslabones pesados de oro de la cadena del reloj que lleva en la muñeca. Llevo un tiempo pensando que, si quiero que mi negocio prospere, necesito trabajar con peces más gordos (banqueros, abogados, gente con gusto y dinero), el tipo de personas que, sin duda, pertenecen al círculo de James y Eleanor. Está muy bien todo eso de vender ramos de flores en oferta a los trabajadores que pasan por allí y hacer alguna que otra instalación para una boda elegante o una

empresa, pero, si quiero llevar a Flores de Mayo al siguiente nivel, necesito otro tipo de clientes: unos con mejores contactos y unos ingresos que les permitan gastar más. El tipo de gente para la que las flores recién cortadas son una necesidad, en lugar de un lujo. Si hago un buen trabajo, esa fiesta puede ser un trampolín hacia clientes de mayor prestigio y encargos más lucrativos. Lo único que tengo que hacer es asegurarme de no cagarla.